

## La música

Iba un poco nervioso por el temor a no saber a qué se iba a enfrentar. Se había apuntado a unas clases de guitarra para tocar en un grupo. Era la primera vez que iba y le habían hablado de una especie de prueba de nivel. Le pesaba la falta de confianza en sí mismo. ¡Hacía tantos años que no tocaba...! En los últimos meses, desde que se retiró del mundo laboral, había vuelto a coger la guitarra en alguna ocasión, sorprendiéndose a sí mismo por la memoria que sus manos, ahora ya artrósicas, conservaban de las posturas de los acordes. Pensaba en el Do y al instante sus dedos se plantaban en el primero, segundo y tercer traste de la segunda, cuarta y quinta cuerda respectivamente. Con relativa agilidad, aunque algo menor que la que le gustaría, componía, a renglón seguido, el acorde de La menor, luego Re menor y por fin Sol 7<sup>a</sup>. ¡Qué curioso! Si hubiera tenido que describir con palabras las distintas posiciones, no habría podido hacerlo. Sin embargo, sus manos componían los diferentes acordes como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. El acorde de Fa le costó un poco más de trabajo, pero, por lo que recordaba, siempre había sido así. No era una postura fácil. Envalentonado, se lanzó a puntear el Romance anónimo arpegiado y descubrió con satisfacción que sus dedos saltaban por los trastes ejecutando la pieza con cierta facilidad. Las notas, nacidas de la presión de las yemas de los dedos contra el mástil, se columpiaban en las cuerdas de la guitarra para lanzarse al vacío y, tras propagarse por las tripas sonoras y retumbantes de la misma, salir en una cadena melódica armoniosa. Qué satisfacción le dio descubrir que, en algún lugar de su cerebro, como en el poema de Bécquer, permanecían todas aquellas notas durmiendo, esperando la mano que supiera arrancarlas.

Siguió caminando hacia la clase de música con su nerviosismo in crescendo, se presentó a la profesora y ésta le indicó que se sentara al fondo de la clase, entre los compañeros, a ver qué tal seguía la clase.

No pudo reprimir una sonrisa de satisfacción y experimentar un cierto alivio, cuando oyó a la profesora decir “Venga, vamos a seguir trabajando el Romance anónimo”